

MIS CUARENTA DÍAS EN LA RÁBIDA

AQUILINO DUQUE*

El martes 15 de agosto de 1950, festividad de Nuestra Señora de los Reyes, a las tres y media de la tarde, subía yo al autocar que había de trasladarme, junto con otros becarios, a la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida. Yo había llegado la víspera de Higuera de la Sierra, donde veraneaba con mi familia; me debió de acompañar mi padre y el viaje lo hicimos en un viejo *Chevrolet*, modelo 1929, que conducía un mecánico muy redicho que era de Ayamonte y al que decíamos el señor Juan. Salimos a las siete de la mañana de Higuera y hasta las once no llegamos a Sevilla. Algún asunto de mi padre o, lo más probable, alguna avería del auto, nos obligó a parar largo rato en Las Pajanosas. El calor era tórrido y en nuestro piso de la calle de Alfonso XII el único lugar habitable era la bañera.

En aquellos tiempos se vivía sin tener que salir de un barrio o de una calle. Mi vida, salvo los tres meses de verano que pasábamos en la Sierra, transcurría entre el Museo y la Encarnación, es decir, entre nuestra casa y la Universidad, situada entonces en la calle Laraña, en los antiguos estudios de la Compañía de Jesús. Aquella misma mañana había ido a misa a San Gregorio, a la iglesia de los Mercedarios, paredaña con la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, frente a cuyo jardín estaba convocado para las nueve de la mañana primero y luego, contraorden, para las tres de la tarde. En la tórrida acera, contra aquel bajo muro de mampostería que separaba de la calle el jardín de la Escuela, algunos familiares despedían a sus retoños como si partieran para la guerra de África. Recuerdo, a doble título de profesor y de padre, a don Higinio Capote, siempre vestido de negro y con su calva reluciente. Es probable que don Higinio, que despedía sonriente a su hijo Manolo, no vistiera de negro a aquella hora tórrida, y su luto sempi-

* VIII Curso de la Universidad de La Rábida (1950). Escritor.

terno se redujera a corbata, brazaletes y ancha cinta negra en el imprescindible sombrero de paja.

Viajé sentado junto a José María Alberich, que había acabado segundo de Filosofía y Letras. Yo había terminado segundo de Derecho. Debimos de hablar de literatura y de calor, porque él, que era y es regordete, me comentó lo que sudaba cada vez que se agachaba para atarse o desatarse los zapatos.

Hicimos alto en La Palma del Condado y el olor del mar nos llegó, fresco y nuevo, en San Juan del Puerto. El agua azul y rojiza del Tinto, roja río arriba bajo los rojos muros de Niebla, se tornasolaba en el cielo violáceo y plateado de la ría enarenada, y el agua de piritas y el sol que huía tejían súbitos hilos granate. Dejamos atrás las grandes naves encaladas de las bodegas de San Juan del Puerto y, pasado el puente, se internó el autocar en un territorio gualda y verde de dunas y pinares.

Rendimos viaje frente a la Universidad, que entonces sólo contaba con dos alas en ángulo recto y, apenas nos habíamos instalado —cuatro por habitación—, cuando se nos asestó, a guisa de bienvenida, la primera lección magistral del curso, erudita y ponderosa como pocas, a cargo del nunca bien ponderado don Cristóbal Bermúdez Plata, a quien las malas lenguas llamaban Bermúdez Plomo. De tanta ponderación nos compensó la puesta de sol sobre la ancha ría azul del Tinto, los pinares negros, los esteros de azogue, las grandes naves de salazones y el Almirante, pétreo y colosal, en la Punta del Sebo.

Calvo Serer, Giménez Fernández y Barón Castro

Yo, que no tenía experiencia de internados, siempre vi aquellos cuarenta días en La Rábida como una preparación al servicio militar, en lo que a vida colectiva se refiere. Había un horario riguroso, por supuesto, y unas obligaciones lectivas, pesadas algunas como he dicho, pero apasionantes otras. Lo que luego he leído sobre convivencia de profesores y alumnos en la célebre Residencia de Estudiantes, yo, que tampoco tenía experiencia de Colegios Mayores, fue allí donde lo viví. Hubo conferenciantes como Cepeda Adán, como Calvo Serer, como Giménez Fernández, como Barón Castro, a quienes, después de oírles su conferencia o su tanda de conferencias, acosábamos a preguntas. Calvo Serer estaba en su etapa integrista, cuando andaba proclamando que España no tenía problema, frente al falangismo neonoventayochista de Laín Entralgo, y nos recomendaba vivamente la

lectura de don Marcelino a la vez que nos desaconsejaba la de Ortega, de quien yo trataba de entender *La rebelión de las masas*.

Giménez Fernández nos reveló que tenía escrito el guión de una película sobre Fray Bartolomé de Las Casas y se confesó gran lector de novelas policíacas. Yo le dije que la que más me había gustado era *Nick de Nueva York*; él me dijo que ninguna igualaba a *El asesinato de Rogelio Acroyd* de Agatha Christie; que la leyera cuanto antes.

Barón Castro nos contó sus experiencias como delegado de El Salvador en las jóvenes Naciones Unidas y refería una conversación con la Reina Madre de Inglaterra, muy admirada de que un pequeño país como El Salvador tuviera el mismo peso que el Reino Unido en tan benemérita organización. Rodolfo Barón Castro era un hombre encantador que dejó en España egregios amigos. Uno de ellos fue Agustín de Foxá, de quien se dice que un día, al ir a buscarlo a la Embajada de El Salvador en Madrid, le preguntó señalando a un gran mapa de la República que ocupaba una de las paredes del despacho:

—Oye, Rodolfo, ese mapa ¿es a escala o al natural?

Estos chistes era Barón, conversador amenísimo, el primero en difundirlos.

Otro amigo suyo fue Eugenio Montes, que años más tarde contaría en Roma un episodio pintoresco que tuvo a Barón por protagonista. Hallándose en la India en misión oficial, por cuenta de la Unesco, tuvo que presentar sus respetos a cierto Maharajá, que le concedió audiencia. Llega don Rodolfo ante el palacio y es conducido por un edecán a una amplia antesala, donde lo dejan completamente sólo. De pronto se abre una puerta baja disimulada en el zócalo de madera y hace su aparición un hermoso tigre de Bengala. El tigre se acerca pausadamente al diplomático al que no llega la camisa al cuerpo, lo olisquea, da media vuelta y vuelve a desaparecer por la trampilla de donde salió. Apenas ha desaparecido cuando se abre una gran puerta doble y aparece con los brazos abiertos el maharajá en persona que le da la bienvenida al sobrecogido visitante.

—Perdone lo del tigre. Sólo ataca a los que vienen con malas intenciones.

Los librepensadores

En realidad, yo debería haber empezado por el personaje dominante, que era, por supuesto, don Vicente Rodríguez Casado, familiarmente conocido por El Sátrapa. El Sátrapa envolvía en una humanidad voluminosa el

alma de la Universidad de verano, que llevaba con mano de hierro enguantada de seda. El peso y la suavidad de esa mano fui yo tal vez el primero en sentirlos cuando me llamó a capítulo por haber hecho novillos con ocasión de una visita al Monasterio y a la Universidad de unas muchachas del SEU, monísimas todas. Me dijo que le parecía muy bien que hiciera los honores a aquellas visitantes, pero que mi deber era asistir a las conferencias del curso y que él no estaba dispuesto a tolerar indisciplinas semejantes. Yo no sé qué excusas balbuceé, pero el que venía conmigo, un muchacho de Cortegana que se parecía a Peter Lorre y que allá se ganó, con sus alardes de piedad, el sobrenombre de Fray Juan de Cortegana, comentaba luego que yo temblaba ante El Sátrapa y hablaba como Cantinflas. No era para menos. Fue éste el único roce que tuve con las autoridades de la Universidad y con El Sátrapa en particular, y eso que mi comportamiento distaba mucho de ser modélico.

Todo hay que decirlo: yo hice causa común con un grupito, vamos a llamarlo de «librepensadores»; uno, Eduardo López Mejías, me explicó que el tomismo estaba muerto desde que Guillermo de Occam apuntilló al Buey Mudo; otro, Bernardo Moreno Quesada, me cantaba «Joven Guardia», pues había pasado la guerra en la retaguardia roja y además era de familia republicana, y todos teníamos la escopeta cargada contra el Opus Dei. En una ocasión incluso, *Camino* en mano, nos pusimos a parodiar un «círculo de estudio» o cosa parecida y en esto entró un numerario, creo recordar que José Luis Murga, hoy Catedrático de Derecho Romano, y lo que habíamos empezado en son de burla tuvimos que continuarlo en serio. Ni estas ni otras travesuras me acarrearón el menor sinsabor. Las bromas estaban a la orden del día y de ellas ni siquiera se libraban visitantes ilustres y pomposos como don José Hernández Díaz, a quien le aparejaron una silla rota para que al ir a ocupar se viniera abajo, como se vino, con estrépito y aparato.

También el día de la clausura, a la que asistieron las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de ambas provincias, nos apoderamos algunos de los castoreños y manteos de verano de los clérigos visitantes y, disfrazados con ellos, irrumpimos en comitiva en el refectorio a los postres de su banquete. La algazara fue general y a ella hubieron de sumarse, *velis nolis*, los dueños de las prendas. Moreno Quesada, cojo y corpulento, parecía un canónigo bien cebado y yo, un diácono famélico. El director del Instituto Británico de Sevilla, Mister Kearney, que era más cumplido que un luto y tenía rostro de esqueleto, me besó la mano. La clerecía nos dirigía unas sonrisitas diplomáticas y nos fulminaba con los ojos. No había ninguno que

no nos mirase por encima de las gafas a la vez que nos enseñaba los dientes. No quiero ni pensar en lo que debió de ser su desembarco en la Punta del Sebo, con los castoreños chafados y los manteos hechos unos zorros.

La lección magistral de clausura la pronunció, por cierto, el catedrático de Derecho Internacional, don Mariano Aguilar Navarro, que ya entonces se jactaba de ser hombre de izquierdas, nos organizaba unos seminarios de política exterior de una sola sesión, la de su perorata, y nos incitaba a batirnos el cobre con los «grises». El nombre de Aguilar Navarro hay que añadirlo al de Giménez Fernández y junto a ellos poner los de Carriazo Arroquia y Cossío del Corral, todos ellos hoy en el retablo de la democracia, para que se comprenda cuál era la férula con la que El Sátrapa, al menos en lo que yo puedo juzgar, regía la Universidad aquella. El secretario administrativo era, por cierto, un profesor, discípulo de Carriazo, que había hecho la guerra como comandante en el Ejército Rojo: don Ángel Martín Moreno.

A modo de documental cinematográfico

Con los recuerdos de mis cuarenta días de La Rábida yo hubiera podido escribir un libro. Ya que ese libro lo hacemos entre muchos, yo tengo que reducir mi capítulo a un brevísimo documental cinematográfico. Y ese documental se abre con aquellos maravillosos desayunos de migas y café con leche, que nos servían dos criaditas, una, Lola, guapetona de ojos verdes; otra, menuda y redondita, de ojos negros rasgados y larguísimas pestañas. Muchas clases se daban en el propio Monasterio, algunas de cuyas celdas ocupaban los becarios de Bellas Artes. Y del Monasterio era inseparable el Padre Jenaro, jorobado y tan anciano que, si no se acordaba de Colón, al menos podía muy bien haber oído a Cánovas del Castillo en el discurso del IV Centenario. El Padre Jenaro cuidaba de nuestra salud espiritual, y de la corporal se ocupaba, por así decirlo, el pintoresco Antonio Adelardo, más pintor que médico y más poeta que pintor, que idealizaba a la raza gitana en una verde luz nocturna. Nervios eléctricos, risa explosiva, nunca olvidaré el apasionamiento con que recitaba los versos de «El Diván del Tamarit», ni las diversas curas contradictorias con las que se enfrentó a una brecha que la quilla de una barca me abrió sobre una ceja y que finalmente suturó con un esparadrapo.

¡Baños en el embarcadero de aquel Tinto azul que todavía no había echado a perder el Polo de Desarrollo! Proezas atléticas de Peter, un yugoeslavo

que había combatido con las guerrillas de Mijailovich, palidez cenicienta de Enrique Sánchez Pedrote, que veía zozobrar la barca que le zarandeábamos unos bromistas, El Sátrapa flotando vertical en el agua gracias a sus michelines naturales... La venta de Bocanegra, con su soportal modesto, las naves de la fábrica de salazón entre la plata de los anchos brazos de agua, la casita de Klaus, emboscada entre los esteros y los eneales al pie de la Universidad; aquel alemán, huidizo y misterioso, y su mujer, Salud Ristori, bella, rubia, joven, simpática, y sus dos o tres hijos, el mayor casi de nuestra edad, una niña delgadita y rubia también, a la que llamábamos Gretchen y de la que se enamoró, sin saberlo ella, Bernardo Moreno Quesada. Alguna que otra noche nos reuníamos a la puerta de aquella casita unos cuantos a charlar, a cantar, a bailar, y recuerdo que, al volver a la Universidad, un madrileño que estudiaba ingeniería y que luego fue secretario de Pérez Embid en Información y Turismo, Pablo Bieger, le reprochaba a Pepe Gómez Salvago, con el tiempo alcalde de Paradas y gobernador civil de Huesca, que en un momento de descuido hubiera tuteado a nuestra anfitriona. Al alemán no lo vimos nunca; durante el día andaba perdido entre las espadañas y las eneas en su bote, apasionado de la naturaleza. Fue él, por lo visto, quien encontró el cadáver del «hombre que nunca fue» o quien se ocupó de transmitir a la Embajada alemana la documentación falsa y los planes sobre el falso desembarco de los Aliados.

Y ya que reduzco una novela a un guión cinematográfico, tengo que recordar las películas de lunes, miércoles y viernes, unas mejores que otras, y lo que me reí con *Arsénico por compasión*, que fue la primera de todas. Y, por fin, las excursiones, a Punta Umbría en canoa desde Huelva, y en autocar a Bollullos y sus bodegas, a Zalamea y su tentadero de don José María Lancha, a Aracena y su gruta, a Moguer y su Fuentepiña, a Ayamonte y su Guadiana poblado de medusas como los océanos de los cartógrafos antiguos. De entonces data mi primera salida a Portugal.

Con esto pongo término a esta brevísima relación de mis cuarenta días en La Rábida.